

# COMUNIDADES ORANTES, COMUNIDADES DISCERNIENTES

## -ACOMPañAMIENTO ESPIRITUAL-

Javier Uriarte SJ

CEI, PERÚ, Cuadernos de Espiritualidad N° 135, noviembre 2011:

*"La Comunidad, ¿Signo de qué?"*

Hablar de oración es relativamente fácil sobre todo cuando se vive de la oración y para la oración, sabemos que hay una gran historia y tradición en la Iglesia desde los primeros cristianos hasta hoy. En todo ello en la historia, en la tradición y en la actualidad hablamos de procesos vivos y actualizantes siempre, es un manantial que sigue fluyendo por distintos cauces y a través de diferentes matizaciones de espiritualidad que ha fecundado y seguirá fecundando a la Iglesia.

Sin embargo, también sobre el discernimiento se ha escrito mucho y bien, es poco lo que queda por decir... y mucho por hacer, y no por desconocimiento, y no por no saber de qué se trata, sino por falta de intentos de ponerlo en práctica.

### HABLANDO DE LA ORACIÓN...

#### **Vasos comunicantes: calidad de vida / calidad de oración**

En el campo de la espiritualidad ya es un tema común hablar de que la calidad de nuestra vida depende de la calidad de nuestra oración, y la calidad de la oración marcará la calidad de la vida, y esto, por supuesto entendido, no en los grandes momentos heroicos de nuestra emoción espiritual, sino en la vida cotidiana; no en vano la petición de Ignacio en los Ejercicios: *"que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad"* (EE 46), es decir, todos los detalles del día, desde los más mínimos hasta los más profundos, se conviertan en experiencia de Dios, en un "mini-principio y fundamento" cotidiano.

Varios autores han insistido en la relación entre vida y experiencia espiritual. Nos puede ayudar la siguiente cita de Darío Mollá:

"A todos nosotros nos parece una afirmación obvia, y por tanto de innecesaria demostración, que cualquier forma de espiritualidad genera un determinado y concreto estilo de vida. Pero se requiere afirmar algo más: que el estilo de vida que alguien vive condiciona radicalmente la posibilidad de una vivencia espiritual. Puede facilitarla o puede impedirla. Una determinada manera de vivir puede llegar a hacer imposible la experiencia de Dios, mientras que otro género de vida distinto puede ponernos en la pista de acceso a la experiencia de Dios. O, sin ir tan al extremo, hay modos o situaciones de vida que hacen más fácil la experiencia de Dios y otros que la dificultan"

(Darío Mollá: Encontrar a Dios en la vida. Centro de Espiritualidad Ignaciana -Perú.)

En este artículo Darío Mollá insiste en un estilo de vida marcado por la "ascética del presente", en la vida cotidiana, sin huidas al pasado: la nostalgia; o al futuro: los sueños. Huir del presente es, pues, huir de Dios, aunque parezca que voy a lugares más "sagrados" donde pienso que más "seguramente" lo encontraré. Encontrar a Dios en lo cotidiano significa que hay que vivir en un contexto vital en el que uno se sienta estimulado a tomar decisiones, a asumir responsabilidades del orden o la magnitud que fueren, a controlar personalmente los procesos concretos de la vida de cada día. ¿No es acaso éste el sentido del examen ignaciano?, claramente, no tanto examen en el sentido moral, sino en el sentido espiritual: *buscar y hallar a Dios en todas las cosas...* de cada día.

## La vida cotidiana: etiquetas de calidad

Se me ocurre ofrecer algunos rasgos de la vida cotidiana que permitan una plataforma para sostener una creciente calidad de oración; por supuesto, son vasos comunicantes, no requisitos previos, pues precisamente la vida de oración, la experiencia de Dios, irá inspirando un estilo de vivir, pero sí tiene un sentido de base dinámica para poder construir una espiritualidad, con palabras de Ignacio: "tener *subiecto*", entendido no sólo como cualidades humanas básicas sino como un estilo de vida, o mejor, un ritmo de vida que posibilite la experiencia de Dios en lo prosaico de la vida cotidiana.

Una primera expresión de calidad de vida sería una **vida integrada** en la familia, en el campo laboral o académico, en las relaciones sociales... lo cual no significa negar los altibajos o, incluso, algún tiempo de crisis; significa una cierta capacidad de integración interior, como diría Ignacio "*no teniendo el entendimiento partido en muchas cosas*" (EE 20), no estar distorsionado por preocupaciones existenciales, vivir una vida familiar relativamente integrada, una afectividad grande y sana que permita acoger el cariño cotidiano de Dios. En un mundo que nos ofrece un estilo de vida trepidante, una televisión que nos presenta la vida y el mundo con un imaginario de *videoclip*, que provoca la compulsividad del *zapping*, en el que la música y el baile de nuestras discotecas y sus luces se basan en la estridencia, conseguir una vida integrada, en el hogar, en las relaciones de pareja, en las relaciones sociales, en la afectividad, en la vivencia de cada día, es una base dinámica -la misma oración ayudará fuertemente- para poder sostener una espiritualidad sólida.

Muy unido a lo anterior está el tema de la **aceptación personal**, el recurrente tema de la autoestima. Es claro, si uno está peleando consigo mismo, terminará peleando con Dios... y, probablemente, con los demás. Si uno se acepta a sí mismo y se quiere, le será más fácil aceptar a Dios y sentirse querido por Dios. Creo que en el Perú la expresión más usada es "disculpe": "*disculpe, ¿me puede decir la hora?*", "*disculpe, vengo a entregar este documento*"; es significativo que una expresión de cortesía manifieste un sentirse culpable. Por supuesto que esto obedece a siglos de marginación, de peonaje, incluso de racismo, pero habla también de la baja autoestima de nuestro pueblo. En este sentido están creciendo los cursos y los acompañamientos sobre autoestima, hay tantas heridas... hay tantas humillaciones... hay tantos complejos... hay tantas frustraciones... En el mundo de la escuela todavía supone un esfuerzo sobrehumano despegarse del autoritarismo y fortalecer la personalización.

No puedo dejar de transcribir la letra de una bella canción (desconozco el autor) que integra la autoaceptación con la plenitud de la espiritualidad.

Sé tú mismo sinceramente,  
acéptate agradecidamente,

valórate gozosamente,  
perdónate completamente,

Trátate generosamente,  
equilíbrate armoniosamente,  
bendícete abundantemente,  
confía en ti con fiadamente.

Date poder conscientemente  
y exprésate radiantemente,  
entrégate entusiastamente  
para poder servir con todo el corazón.

Acuérdate siempre de ti,  
levanta tu cabeza y ven a sonreír,  
donde quiera que estés acuérdate siempre de ti.

¿No es una bella extensión del comentario de Jesús en el evangelio: "...ámate a ti mismo con todo el corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas"?

Siguiendo con las resonancias de vida integrada se expresa muy bien la altura de nuestra vida cuando se conquista una **categoría ética**, conseguir superar la subjetividad que tanto propugna la cultura postmoderna y descubrir una manera de proceder basada en valores objetivos y dinámicos, vivir en transparencia donde hay tanta corrupción, tanta ocultación en la política, en los negocios, en la vida pública y privada; que nuestras motivaciones estén sostenidas por criterios de responsabilidad, lograr estructurar la vida con manifestaciones de auténtica madurez humana y llegar a una elegancia espiritual de bien hacer.

Otra característica que define la calidad de nuestra vida es la **sencillez de vida** entendida en mantener un nivel económico sencillo. En los medios promovidos por esta sociedad de consumo, se asocia calidad de vida a status social, a signos exteriores de riqueza, a cuidar la imagen... Por supuesto que para toda persona Dios quiere un nivel de vida digno, y que la primera responsabilidad de todo laico y laica es tener una educación de categoría, una profesión y un trabajo que permita vivir con dignidad, ofrecer a la familia las condiciones de vida en que todas las necesidades básicas estén ampliamente cubiertas. Esto nadie lo duda, ¿pero dónde está el límite entre las necesidades básicas y las potenciadas por el consumismo?, ¿dónde está el límite entre el nivel de vida digno y el aburguesamiento?, esto lo descubriremos en los pequeños discernimientos de cada día, a partir de nuestras opciones fundamentales. Un buen criterio para este discernimiento sobre nuestra sencillez de vida es **la cercanía de los pobres**. San Ignacio al hablar de ellos dice: "*los pobres son los asesores del Rey Eterno*" (carta a la comunidad de Padua), en este sentido los pobres bien pueden ser nuestros asesores: que de una u otra manera no nos alejemos de ellos, que nos puedan decir cómo nos ven, qué esperan de nosotros... ellos nos mantienen en el "principio de realidad", si ellos se alejan de nuestras vidas es que nosotros nos hemos alejado de ellos renunciando a nuestra vida sencilla.

En el párrafo anterior hablaba de la opción fundamental; en todo cristiano y más en el laico comprometido esta opción se hace dinámica en un **proyecto excéntrico: la misión**. Es el criterio clave de la vida evangélica, san Ignacio lo señala claramente: "*salir de su propio amor, querer e interés*" (EE 149). Vivimos en un mundo donde se exalta el individualismo, donde los proyectos solidarios no se plantean, donde a la juventud se la estimula en el narcisismo a

través de las modas y los medios. Es más, muchas espiritualidades se estacionan en la autocomplacencia, renunciando a la fecundidad. Es vital descubrir si mi vida cotidiana es egocéntrica o excéntrica, si la misión de mi vida está fuera de mi y de mi entorno, si tengo pasión por el evangelio encarnado en los ambientes donde me desenvuelvo cotidianamente, donde ponga el centro determinará todo.

Otra característica que incentiva la calidad de vida es **la gratuidad**. Puede parecer un poco paradójico mencionarla después de hablar de la austeridad de vida y de la misión, entendiendo la gratuidad precisamente como contraria al activismo; se trata de permitirnos espacios más humanos, de encuentros no con alguna finalidad imperativa sino por el gusto de estar juntos. La gratuidad expresa no hacer las cosas con una finalidad interesada, renunciar al clásico "doy para que des", tan potenciado por nuestra sociedad de mercado. También podemos entender la gratuidad como no vivir obsesionado por el éxito y el triunfo, sino para el servicio y la necesidad, incluso permanecer cuando hay menosprecio, olvido, desconsideración. En estos temas vemos las resonancias de la meditación de las Dos Banderas de Ignacio; él lo expresa en el campo existencial de Jerusalén: "*lugar humilde, hermoso y gracioso*" (EE 144), lo de "gracioso" no entendido como divertido, lo que tampoco estaría mal, sino como presencia de lo gratuito en nuestras vidas.

Hay muchos rasgos que pueden ir matizando la calidad de nuestra vida cotidiana, me voy a limitar a uno un poco original, pero en continuidad con el anterior: **el sentido del humor**. No es un rasgo muy incorporado a la espiritualidad y menos a la formalidad de la vida eclesial. Pero considero que mejora mucho nuestra calidad de vida. El humor desdramatiza algunas situaciones que vivimos de manera sobredimensionada; también es un buen lubricante en nuestras relaciones, pues facilita que los encuentros, y a veces los desencuentros, se vivan de una manera más relajada. El humor también relativiza las obsesiones, pues inconscientemente este sentido nos hace tomar distancia, somos más bien espectadores que actores, y ello hace que veamos las cosas con cierta perspectiva. El sentido del humor no es signo de superficialidad, sino todo lo contrario, es signo de sana sabiduría; bien lo declaraba Arrupe: "*Ve si sabes ser bromista y reírte con otros... y en ocasiones de ti mismo*". En este sentido nuestro pueblo, con su claro sentido del humor, con su respuesta ingeniosa, con salidas ocurrentes, con su chispa, con sus manifestaciones de alegría, con su sentido de la fiesta, con su gratuidad, nos expresa una profunda sabiduría popular y una sensación de vida muy cálida.

Para mantener esta calidad de vida Arrupe nos ofrece un cauce fundamental: "*La autodisciplina es señorear la propia vida, administrándola responsablemente, convencidos que no es nuestra ni en su origen ni en su destino, haciéndola rentar al máximo como un pobre verdaderamente pobre (tanto-cuanto del Principio y Fundamento, los talentos del evangelio...)*": con palabras de Ignacio "*ser señor de sí...*" (EE 216).

## **La oración: válvulas de control de calidad**

La intención es clara ¿cómo hacer que la oración permita una sostenida calidad de vida?, no sólo en los momentos intensos y fuertes de emoción espiritual, sino para mantener la calidad de la vida ordinaria; Ignacio señala agudamente el sentido de nuestra oración y de toda nuestra vida espiritual: "*que crezca y suba de bien en mejor*" (EE 331). Por supuesto en toda vida hay altibajos, incluso en la vida espiritual a veces hay estancamientos y regresiones, pero lo que se pretende es que en tramos amplios de nuestra vida cotidiana la constante dinámica sea ascendente, este es el índice de la calidad de nuestra oración integrada en la vida.

Para ello podemos considerar las "válvulas de control de calidad" que siempre nos ha ofrecido y nos ofrece la espiritualidad ignaciana.

### **El examen: la dimensión de profundidad:**

El ritmo de la sociedad actual, y sobre todo el culto a la novedad, a lo efímero, a lo superficial, piden recuperar la dimensión de profundidad en nuestra vida diaria. De alguna manera lo expresa Arrupe en unas notas personales: *"una experiencia no reflexionada es una experiencia no vivida"*: La expresión "vivir la vida" no es exaltar una vitalidad superficial, muchas veces frívola, sino vivir la vida en profundidad. El tiempo del examen es siempre recuperar la jornada, retomando las resonancias interiores del día a día, para verlas desde lo más profundo de nosotros mismos, pues el santuario de la presencia de Dios está en ese ámbito de intimidad entre la creatura y el Creador. Muchas veces denominamos al examen ignaciano como "la pausa diaria"; esta expresión es ambigua. Si considera la oración como un paréntesis dentro del activismo de cada día puede caer en un ejercicio piadoso con peligro de evasión; si refleja un tiempo de pacificación, de integración espiritual, precisamente para ver la jornada con los ojos de Dios -por dónde pasa mi Señor- entonces es un tiempo privilegiado para hacer más profunda nuestra vida cotidiana. Y en nuestra sociedad actual que promueve un estilo de vida, de conversación, de aparentar, basado en la superficialidad, corresponde a los laicos y laicas intentar ser claramente contraculturales ofreciendo una espiritualidad de la profundidad. En este mismo sentido, y en los mismos apuntes personales Arrupe nos indica: *"El examen de conciencia ignaciano debe ser la observación atenta del obrar del hombre sobre el fondo del obrar de Dios en el hombre. Es discernir las mociones de Dios que me habla en el corazón por los sucesos, es rectificación del rumbo para el necesario crecimiento humano y cristiano."*

### **HABLANDO DEL DISCERNIMIENTO...**

#### **El discernimiento: la casa de los espíritus.**

El "discernimiento en la vida ordinaria" no es exactamente el de las grandes decisiones, los discernimientos fuertes de elección, sino, sencillamente estar atentos a los procesos, para ver cómo se enriquecen con los buenos espíritus y cuándo se deterioran con los malos espíritus. Ignacio nos lo desarrolla ampliamente en sus Reglas de discernimiento, especialmente EE 333 y 334. No sólo en ellas, sino de manera acuciosa al hablar de los distintos exámenes, incluido el de la oración, como en los distintos ejercicios, como expresa también en su Autobiografía. Nos invita a estar atentos a los procesos, no sólo de nuestros pensamientos, sino de nuestros impulsos; nuestros primeros impulsos suelen ser primarios: nuestro temperamento, nuestros miedos, nuestras defensas, nuestras heridas, nuestros afectos... los segundos impulsos ya pueden ser de Dios: la generosidad, la tolerancia, la capacidad de amar, el crecer, el ser más libres, la alegría... Precisamente el discernimiento es ir descubriendo los espíritus-soplos-inspiraciones del Espíritu. Estos pequeños espíritus de la vida diaria piden pequeños discernimientos en los espacios privilegiados ignacianos: el examen, los ejercicios espirituales, el acompañamiento personal, la revisión de vida en la comunidad laical.

En concreto, en el caso de las laicas y los laicos, la CVX Comunidad de Vida Cristiana sobre el tema del Discernimiento específicamente dice:

*“Puesto que la Comunidad de Vida Cristiana pretende trabajar con Cristo en la anticipación del reinado de Dios, todos los miembros están llamados a participar activamente en el vasto campo del apostolado. El discernimiento apostólico, personal y comunitario, es el medio ordinario para descubrir la mejor manera de hacer presente a Cristo, concretamente, en nuestro mundo. Nuestra amplia y exigente misión pide de cada miembro un esfuerzo por participar responsablemente de la vida social y política, y por desarrollar sus cualidades humanas y sus capacidades profesionales para ser un trabajador más competente y un testigo más convincente”. (PG 12)*

Otros movimientos laicales, y las distintas órdenes y congregaciones de vida consagrada tienen en su mística, en la riqueza de distintas inspiraciones, en sus documentos fundacionales, distintos criterios y procesos para discernimientos específicos.

### **Los ejercicios en la vida corriente: contemplativos en la acción cotidiana.**

Ya señalábamos al comienzo que cuando Ignacio escribió la Anotación 19 lo hizo pensando en los laicos. Actualmente es muy difícil que un laico o una laica pueda hacer el mes de ejercicios en ambiente de retiro; disponer de un mes completo dentro de los actuales ritmos laborales no es fácil, y disponer del pequeño capital del costo de 30 días en una casa de retiro es inalcanzable para muchos de los laicos de nuestras comunidades. Más que soñar con un retiro de 30 días, válido por sí mismo, es mejor preparar a los laicos y laicas para los "ejercicios en la vida corriente", ellos serían los más adecuados ya que desarrollarían ampliamente y profundamente el ser contemplativos en la vida, no en el monasterio, sino orar a partir del periódico, del noticiero, de la conversación familiar, de las tensiones laborales; en nuestros bares y en los mercados, ver el mundo desde la combi (transporte público), desde la calle: *“unos blancos, otros negros, unos en paz otros en guerra, unos llorando otros riendo...”* (EE 106). Además agudizarían la capacidad contemplativa en la acción de cada día. Si son ejercicios "en la vida corriente", son los ejercicios privilegiados para la espiritualidad de la vida cotidiana.

Estas tres válvulas de calidad son gravitantes en la espiritualidad ignaciana, bien puede haber otras, lo importante es conseguir una disciplina cotidiana que lleve a una vida integrada, con distintas intensidades, con tiempos fuertes y tiempos suaves, como la música, atento a las resonancias del espíritu, llegar a poder leer la vida del día a día con los ojos de Dios. Toda esta presentación son sólo unos apuntes esbozados para valorar y dar riqueza a nuestra vida cotidiana, y la riqueza vendrá de la categoría de nuestra vida espiritual.

## **ORACIÓN SOBRE EL DISCERNIMIENTO**

### **Educar el olfato: aspirar para inspirar.**

Cuando hablamos de discernimiento de espíritus, tema que Ignacio trata ampliamente sobre todo en su Reglas para ello que presenta al final del texto del libro de los Ejercicios (EE 313-336), entonces, es necesario precisar que los buenos espíritus vienen del Espíritu de Jesús: primero los criterios evangélicos, después las distintas espiritualidades y el color, y los matices según sean las distintas comunidades discernientes.

En este sentido nos pueden ayudar distintos escenarios que descubrimos en el Nuevo Testamento:

- El Espíritu en el momento primordial del Bautismo de Jesús: Lc 3, 22

- El Espíritu a la intemperie: Mt 4, 1
- El Espíritu en la misión: Lc 10, 21
- El Espíritu cuando venga ... la verdad: Jn 16, 13
- El Espíritu en comunidad: Hch 1, 12-24
- El Espíritu en la humanidad: Rm 8, 22-23

En la contemplación nos encontramos con Dios, de tal manera, que algo nuevo sucede en nosotros. Dios crea su novedad permanentemente, pero necesita nuestra escucha para descubrir la novedad y nuestra colaboración para realizar esta novedad como buena noticia.

Las propuestas de Dios nos respetan sin abrumarnos, es verdad que se pueden introducir falsos objetivos y motivaciones torcidas por eso necesitamos discernir la novedad de Dios: "para que su voluntad siempre sintamos y enteramente cumplamos...", dice el sabio Ignacio.

El mismo Ignacio insiste en que leamos nuestros procesos de oración y de discernimiento (EE 333), porque a lo largo de estos procesos puede haber tiempos y momentos en que la confusión la sintamos dentro de nosotros o dentro de nuestras comunidades. Nuestra ambigüedad no siempre tiene contornos definidos, nuestras comunidades e instituciones tienen sus propias inercias ya trazadas.

También tenemos que descubrir que las afecciones desordenadas no sólo son personales, sino también comunitarias. A veces, hay corrientes submarinas de fondo que desvían el soplo del viento, Espíritu en las velas, siguiendo con el imaginario de la navegación, como precisé más arriba. El examen sería el timón que maneja la quilla para seguir el rumbo.

El examen de la oración nos ayudaría a "respirar hondo...", las Reglas de Espíritus serían: estar atentos a las resonancias de las mociones y de nuestros espíritus, buenos o malos, y navegar entre consolaciones, desolaciones... y consolaciones: "*el nada te turbe, nada te espante, con la paciencia todo se alcanza, Dios no se muda...*" de Santa Teresa.

También, en el proceso de los Ejercicios los momentos y tiempos de elección, o de reforma de vida pedimos e insistimos en la lucidez, "sin el misterio de la luz la vida completa se vuelve laberinto" de Xabier Zubiri.

¿Desde cuál plataforma podríamos realizar el discernimiento? Creo que, con una pretensión teatral desde el gran teatro del mundo, como pide Ignacio en la Contemplación de la Encarnación: "*cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres*" (EE 102).

## **María, de la desinstalación a la plenitud**

Y, precisamente en esta contemplación Ignacio el mundo entero lo focaliza en la persona de María.

En este caso podríamos incidir en María la discerniente: muchas expresiones del evangelio nos pueden ayudar a discernir inspirados por ella, pues "*se puso en camino...*" es decir, se desinstaló y comenzó su peregrinación, no sólo geográfica (Belén, Egipto, ida a Jerusalén y vuelta a Nazaret con su hijo adolescente...) hasta el *vía crucis* en Jerusalén... pero sobre todo

una “peregrinación espiritual”, comenzó embarazada del Espíritu en Nazaret y llegó a su plenitud del Espíritu en Pentecostés: con los discípulos, las mujeres y el clan de Jesús. En ese momento María fue doblemente madre, madre de Jesús y madre de la Iglesia.

Esta peregrinación nada fácil, empezó con un interrogante: “¿cómo puede ser posible, si no conozco ningún varón?”... la primera palabra de María en el evangelio expresa una duda, una perplejidad, es una pregunta pues no entiende nada, es cierto de la perplejidad pasa, en un mínimo proceso a la confianza y a la fe, el *fiat* del “hágase en mi según tu palabra”... en este pasaje, en el de los pastores en Belén y ante su hijo adolescente, Lucas nos insiste en su discernimiento orante “*guardaba todas las cosas en su corazón...*”

Es más, en esta oración sobre nuestros discernimientos personales y comunitarios algunas preguntas nos pueden ayudar:

¿No entramos en actitud y práctica del discernimiento porque nos parece complicado, como una especie de alambique espiritual?

¿Estamos en comunidad instalados porque nos sentimos a gusto al calor de las brasas?

¿Hemos dado muchos pasos en este campo pero rápidamente abandonamos porque sentimos que se nos está acabando el fuelle?

Nuestra espiritualidad ¿de dónde está más cerca, de la autocomplacencia o de la fecundidad?

A nivel personal, comunitario y de Iglesia, a nivel de discernimiento apostólico ¿utilizamos los criterios ignacianos?: el bien más universal y multiplicador, donde hay más urgencia y necesidad, donde nadie está.

Y siempre con la presencia de los pobres pues, para Ignacio los pobres son “*los asesores del Rey Eterno*” (Carta a la Comunidad de Padua), ellos nos dan un principio de realidad: existen a nuestro alrededor y en todos nuestros continentes, nos purifican la mirada “*el que toca a uno de los más pequeños, me toca a mi en la niña de mis ojos...*” Zac 2, 12. En toda la profundidad de esta expresión Benedicto XVI lo proclamó en el discurso inaugural de la Conferencia Episcopal de Aparecida al declarar y explicitar que Cristo fue pobre y optó por los pobres, invitación a todos nosotros los latinoamericanos.

Siempre el discernimiento y su oración nos llevan a hilvanar y tejer todas nuestras relaciones, con Dios, con nuestras comunidades y la Iglesia, con los más próximos y con nosotros mismos, un tejido social y eclesial con criterios evangélicos siempre: de manera germinal, sabiendo que se trata de un misterio pero estos criterios nos hacen más fuertes, más fecundos, más humildes y más sabios, con la expresión que atribuían a Ignacio: “*no se adelantaba al Espíritu, lo seguía sabiamente ignorante, puesto su corazón en Cristo Jesús*”.

## **ORACIÓN DEL ACOMPAÑANTE**

### **“Guardar las personas en el corazón”**

En realidad se trata no de rezar u orar “por” los acompañantes, ni de “pedir para que” el acompañante o la acompañante viva su experiencia, se trata más bien de ORAR los rostros de nuestros acompañados y acompañadas:

- ¿Cómo los hago presentes en mi oración personal?

- ¿Cómo los hago presentes con mi acompañante en mi acompañamiento personal?

De alguna manera, intentar descubrir en oración la experiencia de mis acompañados y acompañadas por dentro: transparencia, timidez, dificultades en la apertura, en algunos momentos miedo, dolor, rabia, vergüenza... en otros momentos confianza, empatía, crecimiento o regresiones, otros momentos o tiempos de alegría, agradecimiento, maduración creciente.

Ver, también, las actitudes que se van descubriendo: demandas primeras para las entrevistas, ganas de compartir en un primer momento, luego escucha, intuiciones, empatía, emociones, mociones espirituales, sentido común, talante optimista, esperanzador, en conclusión: Dios trabaja.

### **“Conócete a ti mismo”**

Por supuesto, también con los ojos de Dios, necesitamos una mirada hacia nuestro vivir y ser acompañantes, en el proceso, descubrir mis fortalezas, mis cualidades de empatía, de respeto, de confidencialidad y discreción... y por el contrario algunas fragilidades, torpezas o despistes; siempre atentos al peligro de dependencia afectiva, de deslizarnos hacia la simpatía o antipatía: ¿qué resonancias me produce la persona, el contenido y la manifestación de las entrevistas?, o bien, búsquedas inconscientes de gratificación o de dominio... por supuesto, estar atentos y familiarizados a los procesos de transferencia afectiva o de contratransferencias. La pregunta clave es: más o menos ¿vivo reconciliado conmigo mismo?, con cierta consistencia ¿vivo integrado en mi espiritualidad y, por lo tanto, en mis acompañamientos...?

Como sabemos todo ello, con distintas proporcionalidades se da en las dos direcciones: la empatía va siendo mutua y creciente, la fluidez de los procesos y los discernimientos se van haciendo de manera más integrada y por supuesto, en el proceso habrá momentos o tiempos de crisis, pero con una buena espiritualidad serán crisis de crecimiento mutuo.

Irán apareciendo rasgos de mayor sensibilidad ante la realidad social y cultural de los respectivos escenarios con todas las vivencias humanas, familiares, comunitarias, profesionales y de fe, esperanza y amor.

En este sentido les ofrezco las palabras del Padre Arrupe como un espléndido Principio y Fundamento... en la vida cotidiana:

**"No hay nada más práctico que encontrar a Dios.  
Es decir, enamorarse rotundamente y sin ver atrás.**

**Aquello de lo que te enamores,  
lo que arrebate tu imaginación, afectará todo.**

**Determinará lo que te haga levantar por las mañanas,  
lo que harás con tus atardeceres,  
cómo pases los fines de semana,  
lo que leas,**

a quien conozcas,  
lo que te rompa el corazón".  
y lo que te llene de asombro  
con alegría y agradecimiento.

Enamórate, permanece enamorado,  
y esto lo decidirá todo".